

Ésta es la verdadera elocuencia, éstos los verdaderos afectos.

*Fingere quos nequeat, nequeatque ars ulla docere*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Rhet., lib. III in fine.



## DISCURSO TREINTA Y SEIS

### LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

*Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem.*

Conviene que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad.

(1 Cor., 15, 53.)

#### EXORDIO

Por imitación oratoria.

ENTRE cuantas religiones antiguas y modernas han pasado por el mundo, no se hallará ninguna, fuera de la cristiana, que no haya sido blanda y complaciente con el cuerpo, permitiéndole, no solamente todo linaje de placeres honestos, pero también muchos vituperables y nefandos. Sola nuestra religión mostróse en todo tiempo rigurosa é inexorable con la carne, que no parece nacida sino para perseguirla y maltratarla. No bien apareció en la tierra, que luego al punto alzó bandera, sonó cajas, y, como des-  
 envainando una espada de tajante filo:— Guerra, gritó, guerra vengo á traer á los pueblos y naciones; por tanto, quien quiera militar en mis reales, no hable de regalos y bienestar, de holganza y pasatiempos, porque desde ahora y para siempre dígoos á todos que no he venido sino á meter guerra, y cuchillo, y división: *Non veni pacem mittere, sed gladium*<sup>1</sup>. Y, declarando más el blanco de su jornada y la empresa de su celestial divisa: «Venid, hombres, dice, y escuchad mi mandamiento. Los que os desposasteis con muchedumbre de mujeres, apartadas de vosotros, que una sola

1.ª parte. La religión cristiana, perseguidora de la carne;

por comparación con otras religiones.

por hipotiposis y proclamación general,

conduplicación y autoridad.

Proclamación especial

<sup>1</sup> Matth., x, 34.

os permito en adelante, y no para satisfacción de vuestro indómito apetito, sino en orden al fin del matrimonio. Mas, si quisierais señalaros en mi servicio, renunciad á este fuero de la naturaleza y no os embaracéis con la liga pegajosa de los deleites terrenales; y, si la carne se os rebela, estadme atentos: Quitadle entonces las comodidades con la voluntaria pobreza, cercenadle la comida con ayunos y cortadle el sueño con importunas vigiliás; y, si no bastare tal rigor á enfrenar sus osadías, castigadla también con toda suerte de asperezas y malos tratamientos. Ahí están las espantosas soledades del Egipto. Corred alegres, y emboscaos en aquellos horrores y espesuras, y aun más gusto recibiré si tomareis por vivienda las quebras de los montes ó las sepulturas de los muertos. Daos priesa, caballeros de la fe, que allí os ofrezco por compañía fieras espantables, por comida raíces amargas, agua por bebida, por vestido ásperas cerdas, la dura tierra por lecho regalado. Y como ya preveo que, no obstante vuestra inocencia, han de guerrearos enemigos poderosísimos, los cuales porfiarán obstinadamente en apartaros de mi culto y devoción, apercibíos á la batalla, y no cejéis un punto, ni por ruegos, ni por promesas, ni por espantos y amenazas. A quienquiera que os tratare de rebeldía á mi fe ó deslealtad á mi servicio, ofrecidle en respuesta vuestra carne á los garfios de hierro, vuestros nervios al caballete, vuestros huesos á las sierras, vuestra boca á la hiel, vuestros costados á las hachas encendidas, y vuestra misma garganta á la cuchilla. Ahora os mostrarán hornos ardiendo, pues arrojaos en sus llamas; ahora estanques de hielo frigidísimos, pues sepultaos en ellos; y que jamás sean poderosos ni los despeñaderos más profundos, ni las fieras más bravas, ni las ruedas ó navajas más agudas, ni las parrillas más candentes, ni todos los tormentos del mundo, para mellar vuestra constancia y negar un solo artículo de la soberana fe que profesáis. Éste es el pregón que desde el principio dió á sus seguidores nuestra divina ley: No temáis, dice, á los que matan el cuerpo: *Nolite timere eos, qui occidunt corpus* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Matth., x, 28.

¿Qué decis, católicos, á tal intimación? ¿Os sentís animos y prontos á ejecutarla...? Paréceme que os veo turbados, silenciosos y como sobrecogidos de espanto. Pero no temáis; esfuéresme vuestro desaliento, reanímese vuestro apocado espíritu; que el que os hiere y lastima os ofrece el bálsamo, y junto al veneno suele nacer en las praderas el antídoto. La misma ley que nos manda aborrecer este cuerpo dañado, y perseguirlo, y maltratarlo, y colgarlo, si es menester, como el de nuestro Señor Jesucristo, en palo de ignominia, ésta misma se adelanta á devolvérnoslo, como á nuestro adorable Salvador, de roto y despedazado, entero; de enfermo, robusto; de herido y acardenalado, hermosísimo y resplandeciente; de quebradizo, inmortal; de pasible y trabajado, impasible y eternamente bienaventurado. Porque, á semejanza del grano de trigo que sepultado en tierra se pudre y descompone, así es verdad que morirá este cuerpo, mas para levantarse á nueva vida; es cierto que se corromperá, pero luego reverdecerá y florecerá más lindamente; es verdad que lo perderemos, pero para recobrarlo al tiempo de la siega, incomparablemente más hermoso, más pujante y henchido de vigor inmarcesible: *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*. Es menester que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad.

Propóngome, por tanto, demostraros hoy, siquiera brevemente, **cuán justo sea que participe del premio de la victoria quien tanta parte lleva en los trabajos de la jornada** y en los recios combates de la virtud; conque os afirmareis en esta verdad de fe, que si en el transcurso del sagrado tiempo de Cuaresma habéis grandemente padecido en vuestra carne con ayunos, con maceraciones y asperezas, con esta misma carne, pero ya glorificada, gozaréis por toda la eternidad.

2.º parte. La religión cristiana, glorificadora de la carne.

por antítesis

y ejemplo del Salvador.

a pari

por semejanza del grano.

que podrido, reverdece.

Proposición particular

y fin del razonamiento.

## PRIMERA PARTE

## II

Arg. 1.<sup>o</sup>  
De la casta forma, y trabazón del cuerpo con el alma.

Transición por el dicho del otro capitán.

Directamente: Nada puede el alma sin el cuerpo. Luego.

Antecedente por enumeración de los afectos del alma.

de los deleites superiores,

(repetición enfática, y autoridad)

Consecuencia,

Un esclarecido capitán de la antigüedad pagana, como le alabasen extremadamente sus soldados y le comparasen al águila por la rapidez con que embestia contra el enemigo y lo sojuzgaba y desbarataba en un punto:—En verdad, dijoles el valeroso caudillo, que, si yo soy águila, vosotros sois las alas con que vuelo.—En semejantes razones podría hablar el alma á los miembros de su cuerpo, pues en servicio de ella andan en continua acción, en incesante afán y movimiento. Y es así; porque, decidme, ¿qué puede hacer el alma sin el cuerpo? Sin su ayuda, ni proferir una palabra, ni dar un paso, ni forjar un pensamiento. Si triste y apesadumbrada quiere desfogar su dolor, menester es que le preste el cuerpo lágrimas y gemidos. Si alegre y regocijada desea publicar su júbilo, le es fuerza valerle del cuerpo para reir y dar saltos de placer. En vano brillarían en el azulado firmamento esas lumbres resplandecientes, ni se vestiría la tierra de hermosura, si el cuerpo le negara ojos para mirar y embeberse en su contemplación. Al cuerpo debe que pueda saborearse en los manjares; al cuerpo el inefable placer de la armonía; al cuerpo el deleite que de los olores y fragancias se percibe; al cuerpo las alegrías de los juegos y diversiones; al cuerpo el bienestar del no turbado sueño, y en una palabra, para cifrarlo todo en las del gran Tertuliano, ¿qué provecho de esta naturaleza visible, qué fruto del mundo exterior, qué sabor ó contentamiento de las criaturas goza el alma que no sea mediante el cuerpo? *Quem naturae usum, quem mundi fructum, quem elementorum saporem, non per carnem anima deprecatur* <sup>1</sup>?

Imaginad ahora qué amor tan entrañable no le tendrá el alma viéndose servido de él con tanta prontitud y buena

<sup>1</sup> De resurr. carn.

gracia. Viene á hermanarse tanto y á hacerse tan una con él, que no hay cosa de este mundo que así aborrezca como el daño, ni que más ardentemente procure como el bien-estar de su dulce compañero. Por donde colegid, católicos, y amor entre ambas partes. cuán dificultosamente se acomodaría el alma á maltratar á su perpetuo servidor con los rigores que manda, ó enseña, ó aconseja nuestra divina religión, á no esperar asimismo para el proporcionada recompensa.

Poned los ojos en un magnánimo capitán. ¿Contentábase por ventura con el propio galardón por la victoria que acabó de arrancar á sus enemigos? No, católicos, en ninguna manera. Quiere que alcance el premio á los soldados gastadores que abrieron las trincheras, á los guías y adalides que encaminaron la gente por quebradas y desfiladeros, á los oficiales subalternos que ordenaron los escuadrones, á los infantes que dieron el asalto, y hasta á los bagajeros que se quedaron en las tiendas. Así lo hizo el capitán David. Salió cierto día en persecución de una banda de amalecitas que asolaban la comarca, y saqueaban los pueblos, y robaban los ganados, y cautivaban niños y mujeres; cuando, llegados á un torrente, doscientos de los suyos, quebrantados del camino, se tendieron á la orilla y no lo quisieron vadear. Los cuatrocientos lo atravesaron animosamente, y cayendo de sobresalto en el ejército enemigo, ufano con la reciente victoria, rompiéronlo, desbarataronlo, y unos muertos y otros heridos, se cobraron la anhelada presa. Ya la repartían entre sí los vencedores con mucha algazara y gritería, cuando: Aguardad, dijoles David: que llevéis vosotros vuestra parte, vengo en ello, que bien merecido lo tenéis; mas ¿dónde está la correspondiente á los compañeros rezagados, que, rendidos de cansancio, se quedaron junto al río?—¿Quiénes?, replicaron con enojo y desabrimiento; ¿los apocados y cobardes? Y ¿qué han hecho mientras nosotros peleábamos sino descansar á la apacible sombra de los árboles, y junto á las corrientes de las aguas?—No se hable más en ello, repuso David, y fijese como ley inviolable que los despojos enemigos se repartan por igual á los soldados activos y guerreadores y á los detenidos en la guardia del bagaje. *Aequa pars erit descenditis ad pra-*

Confirrase por ejemplo probable

del capitán y los soldados:

Por ejemplo bíblico de David.

Narración ilustrada.

1.<sup>a</sup> parte. La victoria, por distribución y graduación.

2.<sup>a</sup> parte. El botín.

por dialogismo,

y autoridad.

*lium, et remanentis ad sarcinas* <sup>1</sup>. Argumento, pues, del siguiente modo: Si es tan puesto en razón que sea premiado quien, al tiempo del pelear, estuvo en los reales cuidando las municiones, ¿no será muy justo que éntre á la parte en los despojos quien recibió los golpes, quien derramó su sangre, quien perdió sus miembros y hasta la propia vida en la demanda? Tal es, pues, la parte principal que toca al cuerpo en los reñidísimos combates que en pro de la justicia y de la fe sostenemos en el campo de este mundo. Que del cuerpo son, del cuerpo y no del alma, las heridas del cuchillo ó del alfanje; del cuerpo la sangre que á borbotones se derrama hasta la tierra; del cuerpo los miembros que despedazan los leones en las arenas del circo; del cuerpo, en fin, la vida que sacrifica el mártir á su Dios: y ¿el cuerpo solo ha de quedar sin recompensa?

<sup>3.ª</sup> parte. Aplicación por argumentación á mísmos.

reduplicación

y énfasis creciente.

Amplificación por contraria conjuntura.

conclusión

por grave testimonio.

A ser así, figurárame que muy desmayadamente exigiría el alma tamaños sacrificios al cuerpo; pocos soldados atraería á sus banderas nuestra augusta religión; pocos, muy pocos la defenderían en los tribunales, la glorificarían en las cárceles y se desvelarían en propagar tan constante y universalmente su ley y su renombre hollando la gloria del siglo y los regalos de la carne. Y así ordenó su Majestad que, á una, cuerpo y alma gozasen del galardón eterno y que fuese compañero del triunfo quien lo fué del sudor y del trabajo. Sí; es menester, repetiré con el Apóstol, es menester que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción y lozanía, y que esto, mortal y caedizo, se vista de inmortalidad sempiterna: *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*. Y ¿por qué es menester, en sentir del Nacianeno, sino porque es sobrenaturalmente justo que el alma, ya que se unió á la carne y emparentó con ella, la reciba también en la herencia de la gloria, y comunique sus gustos y bienaventuranzas con quien fué partícipe a de sus duelos y penalidades <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> 1 Reg., xxx, 24.

<sup>2</sup> Cum anima cognatam carnem receperit, eam quoque ad gloriae coelestis haereditatem secum admittat, et iucunditates suas cum ipsa communicet, quae aerumnarum particeps fuit. Or. in laud Caes.

## III

Arg. 2.ª  
De la causa final.

De aquí paso á discurrir en esta forma. A ninguno se esconde que por esta trabazón de cuerpo y alma, más nos mueve lo material y sensible que lo abstracto y espiritual. Fijaos, si no, en la mayor parte de los hombres, y los veréis que apenas alcanzan á comprender que encuentre un sabio tal deleite en el estudio que, por conversar con los muertos en su estancia, renuncie á los pasatiempos, deseche los juegos y diversiones, y no se acuerde siquiera de comer; y si por ventura oyen decir á un Plutarco que, aunque desfalleciese de hambre y le convidaran á un opíparo banquete semejante al de Feacia, él lo dejaría gustoso por leer el descrito tan primorosamente por Homero, riense de ello y lo toman punto menos que á locura y desatino. Siendo, pues, así, ¿cómo pudiera nuestro Señor traer la ruda y grosera muchedumbre á desapropiarse por amor de él de los bienes de la tierra, á cerrar los ojos al brillo deslumbrador del mundo, á detestar las blanduras de la carne, si sólo les prometiera en compensación mercedes magníficas, es cierto, levantadas, imponderables, pero al sentido no comprensibles?

Más nos mueve lo sensible y corpóreo que lo espiritual. Luego.

Antecedente por experiencia cotidiana por detalles intelectuales.

Conclusión práctica.

Perdonadme, Dios mío, si raya en atrevimiento mi discurso, y guíadme por este mar dilatadísimo. Harto sé yo que la verdadera bienaventuranza, y la paga cumplida, y la gloria esencial de los santos, consiste en ver esa vuestra cara resplandeciente, esa lumbré inaccesible, esa hermosura en quien resplandecen todas las hermosuras, y en conocer sin sombras vuestros misterios soberanos. ¡Oh, pléguenos ya, bondad inmensa, que os vean mis ojos, y se harte de Vos mi alma, y descanse finalmente mi deseo! Anegarás mi espíritu en el mar océano de vuestra grandeza y majestad, y no hallando playas á do arribar, ni suelo donde hacer asiento, me perderé dichosamente y será mi alegría anegarme más y más, y ahogarme en sempiterno naufragio de gozo y bienaventuranza. Veré pasmado aque-lla beatísima Trinidad, cómo forma número sin multiplicar

Confirmación por experiencia presente.

é hipotiposis de la gloria esencial.

visión beatífica por éxtasis

esencias. Contemplaré absorto la muchedumbre de maravillosas relaciones, pero sin sombra de subordinación ni dependencia; y tantas oposiciones y contrapuestos términos, pero sin discordia, antes con estupenda consonancia. Veré un primero, fuente y principio de un segundo, y que con todo no le precede; un segundo naciendo de un primero y que no depende de él; contemplaré á un tercero cómo, procediendo del primero con el segundo, ni es hermano del segundo ni tampoco hijo del primero. Entenderé con lumbr celestial cómo es Dios infinitamente fecundo y no puede engendrar más de un Hijo; y perfectísimo su entender, y no puede expresar más de un Verbo; y, discurriendo por las Escrituras, comprenderé cómo se arrepiente sin trocar la voluntad, cómo se entristece sin pesadumbre y se enoja sin afición; como es invisible y todo lo ve, inmutable y todo lo muda, simplicísimo y colmado de perfecciones infinitas; cómo lo cria todo sin necesidad, y lo sustenta sin cansancio, y lo rige sin trabajo; cómo tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, y asienta los montes en su peso, y los collados en su balanza. Cómo provee á todo, y con un acto; enriquece á todos, y sin empobrecer; es libre, mas sin mudanza; comprensor, mas sin especies; presentísimo, pero sin lugar; antiquísimo, mas sin tiempo; nuevo y siempre reciente, pero sin principio ni acabamiento por los siglos de los siglos.

Tal es, lo confieso, el sumo bien y perdurable gozo que espero nos ha de hacer felices mientras Dios fuere Dios. Mas preguntóos: ¿qué idea habéis formado de bien tan sobrecelstial y divino? Distraídos unos, embelesados otros, aquéllos cabeceando y soñolientos, éstos murmurando en su interior, me estáis diciendo todos que humane mi estilo y que no me remonte á esas alturas. No me espanta, oyentes míos, porque, en verdad, yo mismo que hablo, apenas comprendo lo que digo. Como niño balbuciente, voy juntando términos recónditos, tan maravillosamente encontrados entre sí como incomprensibles por su profundidad. Imaginaos, pues, que ningún otro linaje de bienaventuranza prometiera Dios á sus fieles servidores sino ésta tan sobrepujante que ni ojo vió, ni oído jamás oyó, según expresión del Apóstol:

y enumeración  
antitética:

Trinidad en Unidad  
y Unidad en  
Trinidad:

atributos y per  
fecciones encon  
tradas,

Efectos de in  
ferencia

en los oyentes,

en el orador.

tol: *Quam oculus non vidit, nec auris audivit* <sup>1</sup>. ¡Oh válgame el cielo! ¡cuántos se me figura que le dirían: Señor, asquean nuestras almas este manjar tan sutil y delicado: *Nauseat anima nostra super cibo isto levissimo* <sup>2</sup>, y, como los israelitas, antepondrían al maná prodigioso los tordos y codornices, esto es, á los bienes soberanos y al mismo entendimiento oscuros, estos terrenales y menguados, pero al fin aseguibles al sentido.

Y ¿qué hizo este Señor, apiadado de nuestra ceguedad? Condescendió con nosotros, abajóse á nuestra condición y hanos aparejado en los palacios de la gloria deleites sensibles y corpóreos, si bien más puros y acendrados; de manera que estas mismas manos, estos mismos oídos, este paladar mismo y estos mismos ojos, tendrán allí su placer proporcionado, y todos los apetitos hartura y satisfacción. Conviene, si, conviene que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal de inmortalidad y gloria. *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*; que es lo que dijo por hermosa manera San Lorenzo Justiniano: que nuestra carne espiritualizada será henchida de deleites, y todos los sentidos bienaventuradamente recreados: *Caro spiritalis effecta, per omnes sensus suos multis modis exuberabit deliciis*.

Consecuen  
cia probable:

Conclusión

cierta, por conda  
plicación.

testimonios.

#### IV

Y ved cómo el Señor ha hecho inexcusables á los amadores de este siglo, que no quieren lograr su salvación. Porque, decidme, ¿qué podréis alegar, hermanos míos, cuando en nombre de nuestro Señor Jesucristo os convidó á la mortificación y penitencia, que vale tanto como decir que renunciéis á los gustos de la tierra, á que tan desenfrenadamente os entregáis? ¿Cómo osaréis ya negármelo? cómo ó por qué torcer el rostro á las dulces amarguras de la cruz? Podría, en verdad, seros durísimo vedar á vuestros oídos el

Arg. 2.<sup>a</sup>  
Consecuen  
cia práctica del  
anterior.

Luego sois inex  
cusables

si no os mortifi  
cáis:

<sup>1</sup> 1 Cor., II, 9.

<sup>2</sup> Num., XXI, 5.

por ampliación  
de los deleites de  
la gloria;

deleite del oído:  
ejemplo de San  
Francisco.

(concesión)

deleites del gusto  
(ejemplo)

y de la vista  
(ejemplo)

Conclusión enér-  
gica,

deleite que experimentan con las voces suavísimas y melódicos acentos, que resuenan tan á menudo en vuestros saraos y tertulias, en vuestros banquetes y teatros, si jamás hubierais de sentirlo semejante. Pero si os certifico en nombre de Dios que gozaréis de este mismo placer, y aun más fino y aquilatado, y no por unas horas, mas por toda una eternidad, y que á una señal de vuestro albedrío tendréis á punto los músicos celestiales, y las sonoras cítaras, y las argentinas voces, ¿por qué llevaréis con pesadumbre no perder, sino diferir, este contento? ¿Nunca oisteis por ventura aquel suceso maravilloso, cuando al primer sonido del arpa angélica quedó San Francisco arrebatado en éxtasis, y su alma tan engolfada en torrentes de dulzura que, rebotando el placer en todo el cuerpo, lo sanó de la fiebre que lo consumía, y le comunicó nuevo vigor y vida nueva? Este gozo, pues, sentirán vuestros oídos de carne, y no de paso y momentáneamente, sino de asiento y con largueza digna de Dios. Y ¿aun no renunciaréis por ello á esas groseras músicas del mundo, verdaderos chirridos de grajo si con aquellas se comparan? No quiero, ¡oh comedores y bebedores!, que os abstengáis para siempre de vuestras viandas exquisitas; sólo quiero que tengáis espera hasta tanto que se adereza aquella mesa soberana de la cual, como gustase una vez el bienaventurado Salvi en un arrobamiento, quedó tan sabroso y engolosinado, que andaba mascando todo el día, y sabíanle nuestros manjares á pozoña y hiel. No quiero ¡oh juventud! que os privéis sin término del regalo y esparcimiento que recibirais con derramar vuestra vista y mirar pasajeras hermosuras; sólo quiero treguas con vuestros ojos, hasta ser introducidos en la ciudad eterna y en los salones de la gloria, donde, como asistiese un instante el santo varón Silvano, tapábase después el rostro por no ver los de los hombres y mujeres, que le parecían feísimos y espantables.

¿Qué respondéis, cristianos? ¿Qué más quiero yo sino que ensanchéis vuestro corazón y recibáis gustosamente lo que más codicia vuestro deseo? Éste es el verdadero arte de persuadir, exhortar á lo mismo precisamente que uno quiere: *Vera ratio persuadendi est, cum id poscitur ut impetre-*

*mus a vobis, quod concupiscitis* <sup>1</sup>, decía el gloriosísimo obispo Buquerio, y muy sabiamente por cierto. Vosotros querriais hartaros de contentamientos corporales, y de gozos y contentamientos corporales quiero hartaros y henchiros hasta veros anegados en torrentes de placer; con esta diferencia: que vosotros los querriais tal vez de bajísimo metal, y yo os los ofrezco puros y acrisolados; vosotros los buscáis menaguados y pasajeros, y os los doy yo abundantes y eternos. Eso mezquino y baladí que os enamora, quiero que lo améis grande, inmenso, inacabable: *Hoc quod exiguum amatis, insinuamus ut ametis aeternum* <sup>2</sup>. Discordamos únicamente en que á vosotros os satisface lo menos, y yo doy lo más. ¿Y os parece ruin ofrecimiento?

por argumentación á miseri.

y testimonio.

### V

Refutación. Pero hay que aguardar.

Confiésoos que es menester aguardar un poco hasta que se cumpla; pero tened paciencia, hermanos míos, y llevaréis el fruto de vuestra esperanza: *Patientia vobis necessaria est, ut reportetis promissionem* <sup>3</sup>, como advertía el Apóstol; porque Dios no desmiente su palabra. Mas, si el partido es ventajoso, ¿quién repara en aceptarlo, aunque la ganancia no se cobre desde luego? Si vierais á un viñador, que, en asomando el mes de Agosto, cuando la viña está atrasada, el grano pequeño, la uva aceda y por madurar, se empeña en vendimiar á toda costa por el ansia de henchir cuanto antes sus bodegas, y que, llevado de su codicia desapoderada, llama la gente, reparte las podaderas, corta los racimos, llena las canastas, hierven los lagares y, haciendo gemir las prensas, exprime ya el desabrido mosto, ¿qué le diríais? ¿Aprobaríais acaso tan torpe apresuramiento, codicia tan desacordada?— Detente, hombre, le diríais: no pases adelante, desperdiciador de tu hacienda. ¿No es mejor cosechar ese vino algo más tarde, pero sazonado, dulce y espirituoso, que no ahora que está en agraz, y es flaco, insípido y así muy dispuesto á avinagrarse? Lo mismo diríais al hortelano que porfiase en coger las manzanas antes que

Resp. Si la ganancia es notabil.

no hay dilación que cueste: por similes:

del viñador, 1.ª parte, la temeridad—(hipótesis é incremento).

2.ª la cordura, (comunicación y prosopopeya).

<sup>1</sup> Epist. 1. Paraen.—<sup>2</sup> Idem, ibid.—<sup>3</sup> Hebr., x, 36.

del hortelano, <sup>del</sup> amarilleasen en los árboles; lo mismo al cazador que sa-  
cazador, <sup>del</sup> liese á ojear y levantar la caza antes de poblarse el bosque;  
lo mismo al segador que, hoz en mano, se aprestase á se-  
del segador. gar los trigos antes de ver doradas las espigas. Y ¿por qué  
yo no podré daros en rostro con lo mismo, pues queréis  
Conclusión a pari disfrutar anticipadamente y con tantas menguas unos de-  
leites que, á esperar un poco, gozaríais ciendoblados y á  
manos llenas?

Porque, decidme, ¿qué son los regalos y consolaciones de  
PERORACIÓN á acá abajo, sino cercenaduras y como hurtos sisados á los  
no temer la peni- bienes inmortales? *Oblectamenta praesentis vitae quid sunt,*  
tencia, *nisi furta delectationum vitae futurae?*<sup>1</sup>. Y ahora responded-  
me, hermanos míos muy amados: ¿no os parece que re-  
servando Dios á nuestra carne propio y perdurable galar-  
dón, es decir, un participar de la gloria misma del cuerpo  
de Jesucristo, le ha cortado de raíz todo pretexto, si no se  
sujeta al espíritu, si no cede al imperio de la razón, si no se  
mortifica por amor de su vida y resurrección, Cristo Jesús?  
Aún digo más: que pues él resucitó y nos resucitará á  
nosotros de la podredumbre del sepulcro, ningún cristiano  
tiene en adelante por qué temer, no ya la mortificación,  
pero ni la misma muerte; ninguno hay que no deba desear  
ardientemente lo que hasta Jesucristo se llamó la más ter-  
rible de las cosas terribles.

ni aun la misma  
muerte.

Transición de be-  
nevolencia.

Estadme atentos, pero me permitiréis que no me dilate  
demasiado en día de tanto regocijo, y así presto recogeré las  
velas de mi discurso, que vuela aceleradamente por el mar  
de los divinos misterios, llevado del favorable viento de vues-  
tra singular benevolencia.

## SEGUNDA PARTE

### VI

No hay que te-  
mer la muerte.

Y en realidad de verdad, ¿por qué temer ya la muerte?  
Catón, el celebrado Catón, como viese la libertad de la re-

1.º Por ejemplo  
a miseri, de Ca-  
tón.

<sup>1</sup> Philo. jud.

pública romana á punto de expirar, determinó quitarse la  
vida para mostrar al orbe esclavizado que ni Catón podía  
sobrevivir á la ruina de la libertad, ni la libertad á la muerte  
de Catón. Arrebatado, pues, de este soberbio pensamiento,  
tomó el puñal y clavóselo en el pecho con aquella mano no  
mancillada hasta aquel día con sangre humana; y, aunque  
súbitamente acudieron sus fieles siervos y numerosos ami-  
gos, y lograron arrancarle el acero y restañar la herida, pero  
no disminuir un ápice su arrojo y fiera resolución. Y así, en  
viéndose solo, concentró todas sus fuerzas, y enojado con-  
tra sí más que antes contra César, por haber errado el primer  
golpe, desatóse furiosamente las vendas, y por aquella  
abertura, no ya dió salida á su indomable espíritu, despre-  
ciador del mundo y de sí mismo, sino que lo empujó frené-  
tico: *Non emisit, sed ejecit*. Coraje insensato, valentía loca,  
no puede negarse, ni pretendo presentar como digna de ala-  
banza esta hazaña criminal, como sea no menor impiedad  
querer morir, que empeñarse en vivir á pesar y despecho de  
la naturaleza.

Narración ilus-  
trada: primer  
miembro, el espi-  
rito criminal.

segundo miem-  
bro, el espíritu  
indomable.

(precaución)

Mas todavía, si deseáis averiguar cómo armó Catón su  
pecho de tanta fortaleza y el brazo de tanto esfuerzo, que  
se atreviese á desafiar la muerte, preguntado á Séneca y  
os dirá que por haber leído el *Fédon* de Platón, hermoso li-  
bro sobre la inmortalidad del alma humana. «El hierro hizo  
que pudiese, Platón que quisiese morir: *Ferrum fecit ut mori*  
*posset, Plato ut vellet*. Porque, persuadido que su alma no  
moría, aunque muriese el cuerpo, tuvo por más acertado des-  
asirse voluntariamente de esta ignoble parte de sí mismo,  
que no, cayendo en poder del vencedor, dejarla en el tor-  
mento, ó deberla al enemigo que tan de corazón aborrecía.  
Decidme, pues: si tales bríos le infundió este pensamiento,  
¿qué hiciera ese gentil á creer, como nosotros creemos, que  
ni aun de aquella parte se desprendía para siempre, sino  
que depositándola, no abandonándola, en el regazo de la  
tierra, la recobraría luego inmensamente más hermosa, más  
robusta y resplandeciente? ¿No es verdad que acrecentara  
los alientos de su pecho la persuasión de que gozaría el  
cuerpo de aquella inmortalidad, de aquella gloria y buena  
ventura que para su alma el gentil se prometía? Pues esta

tercer miembro:  
causa, la inmor-  
talidad del alma;

por sentencia;

cuarto miembro;

por argumenta-  
ción a pari,

y afectos de alien-  
to y

felicidad, este raudal de delicias que vemos hoy en el cuerpo de Cristo resucitado, esperamos firmemente ver también en nuestra carne; y ¿temeremos aún, si no provocar la muerte, porque nos lo veda nuestra ley, aceptarla con alegría cuando Dios la mande? ¡Oh cobardía! ¡oh pusilanidad! ¡oh flaqueza indigna de cristiano!

No dudo que más de una vez habréis contemplado con singular deleite un eclipse de sol. ¡Oh, si supierais la confusión y trastorno que causa este fenómeno en los pueblos rudos y salvajes! No bien se enrojece el sol, rompen las mujeres y niños en un llanto tan deshecho, tan desesperado, tan aterrador y universal, como si el sol desapareciera para siempre. Rásganse las vestiduras, méanse los cabellos, arañanse las mejillas, y, para calmar la cólera del encendido cielo, desángranse las venas, hincando en ellas espigas agudísimas, hasta verla correr en abundancia. Y nosotros nos reímos de su simplicidad, y, por extraño que sea el eclipse, no nos azoramos ni turbamos nada, antes bien, para contemplarlo con más sosiego y comodidad, aparejamos vasijas de agua ó cristales ahumados, y seguimos por ellos los movimientos del cielo, los principios y entradas, los progresos y crecimientos, los remates y salidas de aquella maravillosa obscuridad, y aun llamamos á otros que miren sin reparo al astro brillantísimo como palidece y se enturbia su semblante, padeciendo unos como desmayos y agonías de muerte. Y ¿de dónde proviene tanta seguridad y confianza? Porque la ciencia de las revoluciones celestes nos certifica que de ahí á poco espacio tornará al obscurecido planeta la deseada lumbre, la cual, más que perdida, le fué escondida y recatada. Lo mismo nos atestigua la fe acerca de nuestros cuerpos; y ¿temeremos como los gentiles que navegan sin el áncora de la esperanza por el mar tempestuoso de este mundo, ni creen como nosotros la resurrección universal? *Et contristabimur, sicut et caeteri qui spem non habent?* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> 1 Thess., IV, 12.

de vergüenza.

2.º Por semejanzas

del eclipse, entre los bárbaros

hipotiposis é incremento de error

entre los pueblos civilizados;

exposición tranquila y graduada;

deseñase y causa de esta diferencia.

Aplicación y conclusión energética.

## VII

3.º Por ejemplos de valor cristiano,

¡Oh y cuán sin excusa fuera en nosotros tal poquedad de corazón! Alentados de esta fe divina hemos visto á tierros niños y mujeres delicadas tener por caso de afrenta no arrostrar impávidos y animosos á las muertes más atroces, y unos, puestos ya en el suplicio de la cruz, cantaban cantares de alegría, como Mamés y Vito, niños en extremo candorosos; otros, en medio de las llamas, daban saltos de placer, como las santas Lucía y Apolonia, doncellas inocentes; por no traer la hazaña del glorioso Lorenzo, que en las parrillas mismas se burlaba de sus atormentadores, y ofreciales como plato muy exquisito sus carnes medio asadas. No veis, mis amados hermanos, cómo los justos se rien de la muerte y la escarnecen con aquel lindo escarnecer que aprendieron del Espíritu Santo por Miqueas: *Ne laeteris, inimica mea super me, quia cecidi* <sup>1</sup>. No te alegres, enemiga mía, sobre mí, por haber caído; no te engrías, muerte, en mi vencimiento, ni te ufanes por haberme derrotado, porque sabe de cierto que, después de dormir un poco en las tinieblas del sepulcro, me levantaré, sí, me levantaré del polvo y me vestiré la túnica que no se rasgará jamás. *Consurgam, cum sedero in tenebris. Dominus lux mea est*; que no soy yo, sino Cristo mi Señor, será el sol esplendoroso que, invistiéndose en mi cuerpo deleznable, lo vivificará con su vida y lo alumbrará con su lumbre. Ciertamente, como ruin pecador, he de llevar el peso de la soberana indignación deshaciéndome en ceniza, pero ¿hasta cuándo? Hasta el solemne día del juicio, y no más, ni un instante más: *iram Domini portabo, donec causam meam judicet*. Y ¿qué pasará entonces? Que me llevarán á los palacios de la luz: *educes me in lucem*, á la región serena de la patria bienaventurada. ¡Oh gozo inefable! ¡oh cuerpo afortunado! ¡oh victoria esclarecida! De las sombras de la sepultura se alzaré la carne á los resplandores de esos cielos, no flaca, sino vigorosa, (antitensis) no corruptible, sino inmortal con la inmortalidad de Dios.

Peroración indirecta en boca de los mártires:

Paráfrasis eloquente del profeta:

efectos de esperanza

de júbilo

<sup>1</sup> Mich., VII, 8.



Y allí veré cuán justamente proveyó su Majestad que éntre en el repartimiento de la gloria todo cuánto padeció en este mundo por su amor: *et videbo justitiam ejus*. ¿A quién no maravilla la suave ordenación de la divina Providencia que dispuso que también goce el cuerpo de la bienaventuranza del alma, y quiso en este alegre día resucitar de entre los muertos á nuestro valiente Capitán, á fin de esforzar nuestra esperanza con la memoria de su triunfo? Pues si es así, como lo es, y tanto se nos promete, pídanenos enhorabuena cuanto quieran. Padezca este cuerpo miserable, sea esta carne mortificada, arrastrada y hecha un estropajo del espíritu, y atormentada con toda suerte de crueldades. Porque bien sabemos todos, hermanos míos, que no es crueldad sacar el grano del sosiego de las trojes al rigor de los vientos y las aguas, á la obscuridad de la tierra, á la aspereza de los hielos, á los rayos abrasadores del sol y á todas las destemplanzas del cielo, cuando nos consta que ese grano que se corrompe, ese mismo renacerá y dará copioso fruto, y que no podría florecer ni fructificar, si antes no se corrompiera y deshiciera.

Epilogo y peroración directa

á la mortificación

ilustrada por alegoría bíblica del grano.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y SEIS

¡Qué animados salen los oyentes á mortificar su cuerpo y á refrenar sus sentidos! Para convencer á las muchedumbres que suelten la rienda á las pasiones, que se declaren en huelga del trabajo, que griten viva la libertad, mueran los ricos, abajo los tiranos, en una palabra, para empujarlas á los infiernos, ¿qué arte ni qué elocuencia es menester? Para que ruede un peñasco, basta dejarlo caer por la pendiente; la dificultad está en que suba hasta la cumbre. Esto hace SÉNERI alentando á la mortificación y enfrenamiento de la carne con la esperanza de la resurrección. Aquí desearía oír á esos flamantes oradores de club ó de la tribuna, del ateneo ó de la cátedra: si me persuaden á contrariar los instintos de mi naturaleza y me encienden en deseos de sujetar la carne á la razón, y la razón á Dios, digo que son elocuentes y los reyes del arte divino de la persuasión, porque me alientan á una empresa la más difícil y gloriosa del mundo; mas si me impelen hacia los caminos anchos del vicio ó del error, adonde ya me inclinan y arrastran mis desordenados apetitos, ¿dónde está su elocuencia, pues me persuaden lo que yo sé y quiero y busco desafortunadamente? He aquí por qué en nuestra santa religión, que manda creer y esperar y obrar cosas tan altas y difíciles, ha reinado una elocuencia de nuevo metal y divinísima, que no alcanzaron á vislumbrar siquiera Demóstenes y Marco Tulio. Pero cijnámonos á este breve razonamiento.

**Invencción.** Es la más acomodada al fin que se propone. ¿Cuál es éste? No demostrar la resurrección de Jesucristo ni la verdad católica de la resurrección de nuestra carne, sino que, supuesto el fundamento del dogma, asentado firmemente en el corazón de sus oyentes, les persuade que es muy justo participe el cuerpo de la eterna bienaventuranza del alma. Este es el fin **próximo**. ¿Y el fin **último**? Que se abracen animosamente con las asperezas de la cruz y ha-

gan rostro á la muerte. El estado es legítimo, el género suasorio, la cuestión infinita, ó sea, *en tesis*; las fuentes de los argumentos, en general, son de los lugares intrínsecos, principalmente de la causa material, formal y final. Ya sé que estas razones sólo prueban la **conveniencia** de la resurrección de la carne, no la **necesidad** de ella y que ha de ser así infaliblemente, pues sin la fe no lo sabríamos; pero también es cierto que el orador más ha de buscar los argumentos **probables** que los **apodícticos**; los que hacen más fe en el auditorio, no los más sólidos en sí mismos considerados, aunque la materia lo sufriera. ¡Cuánto más aquí donde todo es misterio! Por esta causa trae oportunamente, aunque de paso, los argumentos de Escritura y Santos Padres en que ha de estribar nuestra fe, no en consecuencias de la razón natural.

**Disposición.** Tiene exordio, proposición, confirmación, refutación y peroración. El **exordio**, por insinuación oratoria, es de los más bellos y más elocuentes que presenta SÉNËRI, con ser en esto un artista consumado. Puede considerarse como una brillante apología de la religión cristiana, perseguidora de la carne y después su glorificadora inmortal: sello y marca indeleble de la divinidad del cristianismo, pues caído el hombre, y estragado el apetito, sólo aquella religión es verdadera que lo sojuzga para levantarlo, volviéndolo de esta suerte á su primer estado. Esta es la rehabilitación de la carne que predicamos los católicos. En la **proposición** calla el fin último, á saber: que hay que abrazarse con la cruz de Cristo y sufrir por él los tormentos y la muerte, porque estas proposiciones tan crudas desviarían los ánimos, sino que expone sencillamente el fin próximo, que es asunto más apacible. En la **confirmación** vense las tres partes, que llama el insigne Arias Montano *fides, pondus, firmamentum*, y el V. Granada *exposición, confirmación, propiamente dicha, y amplificación*, que son tres asaltos ó embestidas en el corazón del que escucha. La **refutación** era aquí necesaria (§ V), y tiene por blanco deshacer la mayor dificultad y única en este punto: la dilación del premio. Siguese la **peroración** hacia el final de dicho párrafo y por toda la segunda parte, en que exhorta á no temer las asperezas de la carne ni la misma muerte, ya por el hecho de Catón, ya por la semejanza del eclipse, ya por los ejemplos de los mártires.

¡Cómo hace hincapié en las razones de **utilidad**! Sabía el gran orador que

*nemo est qui ferre recuset  
Pondera, quae magna captus mercede subivit.*

Y, por el contrario, que

*Pulcher honos raros capiat, quos sidera magnos  
Fixere. Ast molles animas vulgusque videmus  
Praemia, mercedes operum, quodque utile credat,  
Viribus haec summis summoque parare labore<sup>1</sup>.*

Agujado de esta codicia de interés ó de deleite, traspasa el mar y penetra en las entrañas de la tierra, y vence las mayores dificultades. Pues éste es el artificio de SÉNËRI, ó, mejor dicho, de Dios nuestro Señor: atraer con deleites y riquezas impercederas los ánimos hambrientos de estos bienes; y aquél moverá más y será más perfecto orador que lo represente con mayor viveza.

**Elocución.** Es grave, sencilla, energética, iluminada acá y acullá con mil lumbres oratorias. Las principales son: la prosopopeya del exordio, la pintura de la bienaventuranza esencial (§ III), el apóstrofe á los del mundo con la descripción de la bienaventuranza accidental (§ IV), y la paráfrasis de Miqueas que sirve de peroración. Pero es de notar que la elocución y estilo más debe acomodarse al **fin** del orador que no á la **materia** del discurso, como se ve en SÉNËRI; pues con ser ésta más alta y más sublime en el párrafo tercero, el estilo y la frase son muy templados. El por qué de esta anomalía lo expone admirablemente San Agustín en el lib. IV de la Doctrina cristiana<sup>2</sup>, donde dice que, si bien el predicador del Evangelio siempre ha de hablar de cosas grandes, pues todas se encaminan á la salud eterna de los hombres, pero no siempre debe decir las magníficas y grandiosamente, sino con llaneza cuando algo se enseña, y con moderada pompa y movimiento cuando algo se vitupera ó aplaude; mas, si se trata de ejecutar algo y hablamos con los que deben y no quieren ejecutarlo, entonces el argumento, de suyo grande, ha de amplificarse grandiosa y arrebatadamente y á propósito para inclinar los ánimos. Y á veces, de una misma cosa por su naturaleza magnífica, háblase llanamente si se enseña, templadamente si se alaba ó abate, y magníficamente si queremos doblegar los corazones rebeldes: *De una cademque re magna, et submisse dicitur, si docetur, et temperate, si praedicatur; et granditer, si aversus inde animus, ut convertatur, impellitur.* Y pone este ejemplo que parece lo tuvo presente nuestro SÉNËRI al componer su discurso. ¿Qué cosa, dice, hay mayor que Dios? Mas, ¿por ventura no puede enseñarse este misterio? O el que trata de enseñar la unidad de la Trinidad, cuanto es da-

<sup>1</sup> Rhet. lib. II.—<sup>2</sup> Cap. xix.

ble entenderse; ha de usar más que de un estilo llano? ¿Se buscan aquí ornatos, ó más bien doctrina? ¿Se trata de inclinar á los oyentes á que hagan algo, ó de instruirlos en esta verdad? Mas cuando se alaba á Dios, ó por sí mismo, ó por sus obras, ¡qué campo tan dilatado se presenta al orador fecundo para derramar todas las galas del lenguaje, si ha de ensalzar como merece á aquel Señor que no puede dignamente ser alabado de ninguna criatura! Pero si Dios no es venerado, ó los ídolos, ó los demonios, ú otra cosa criada se venera juntamente con él ó más que él, entonces debe ponderarse con vehemencia de estilo la enormidad de este pecado, á fin de espantar y retraer á los hombres.

Sólo me desagrada el ejemplo de Catón, que de buena gana hubiera suprimido. Hablando en cristiano, este filósofo, tipo de entereza mal entendida, fué un cobarde y un orgulloso, pues no tuvo pecho para sufrir una pequeña humillación... Pero ¿quién no repara en la brevedad de este discurso? El anterior es de tres horas, el otro de una, éste de media escasamente. Pues ¿qué regla debe seguirse, así en la duración de los discursos como en las partes que han de tener, orden, disposición y todo lo demás? No atarse á una regla, que esto destruye la elocuencia y causa una monotonía y amaneramiento intolerable. Oigamos á nuestro Fabio: «Nadie exija de mí ese linaje de preceptos que algunos maestros dan á sus discípulos como leyes de una invariable necesidad. Por supuesto que haya **exordio**, y de esta forma y no de otra; tras el exordio poned la **narración** sujeta á estas y estas leyes; después la **proposición**, ó, como otros quieren, la **excursión**; luego las **cuestiones**, por este orden y no por otro, y todo lo demás, como si fuera un crimen desviarse de estas reglas. Cosa baladí por cierto, y harto fácil fuera la Retórica si todo cupiese en un solo y compendioso precepto. Hansé de variar muchas cosas por razón de la causa que se discute, de los tiempos, de las circunstancias, de la necesidad. Y por esto la calidad principal del orador es el **consejo** y discreción para saber cambiar según lo pidieren las ocasiones». Y trae esta comparación, que por ser en materia importantísima quiero poner aquí: «Si á un capitán le decís que, cuando haya de entrar en batalla, vaya él á la vanguardia, que ordene á una y otra parte las dos alas del ejército, y enfrente de cada una despliegue la caballería, buen consejo será éste por ventura, siempre que sea posible; mas si lo estorba la condición del terreno, si se encuentra un monte, si atraviesa un río, si se levanta un collado, si se extiende un bosque ó hay otras asperezas, habrá que modificar el plan. Habrá asimismo que modificarlo si se mudan los enemi-

gos, y según los altibajos y trances de la pelea; ya será bien embestir de frente, ya por los flancos; ahora con las legiones, ahora con las tropas auxiliares: convendrá á las veces retroceder y volver las espaldas, simulando la retirada. Del mismo modo, si ha de haber ó no proemio; si ha de ser corto ó largo; si dirigiendo la palabra al juez ó á otra parte valiéndose de alguna figura; si la narración debe ir seguida ó con interrupciones; si por el orden natural de los sucesos ó trastrocándolo con artificio, todo esto depende de la causa... Estos preceptos no son plebiscitos sagrados, ni decretos inviolables; *sed hoc, quidquid est, utilitas excogitavit. Non negabo autem sic utile esse plerumque, alioqui nec scriberem: verum si eadem illa nobis aliud suadebit utilitas, hanc, relictis magistrorum auctoritatibus, sequemur. Equidem id maxime præcipiam: «ac repetens iterumque iterumque monebo», res duas in omni actu spectet orator: quid deceat, quid expedit.*

